



Mientras continúa la polémica del arte moderno y los pintores partidarios del arte abstracto y los que defienden el arte figurativo exponen sus obras y expresan sus criterios, el honrado pueblo, el pueblo trabajador y la honesta clase media, sigue con sus preferencias más o menos eternas sobre la pintura. Uno, que escribe sobre arte con una fastidiosa cotidianidad, muchas veces desea refrescar sus conceptos y sosegar su retina y se va, el sábado por la tarde, a la popular sala barcelonesa donde existe una económica subasta de arte.

La sala está siempre llena y el número de aficionados y de compradores es considerable. El rematador recita mecánicamente sus elogios y pronuncia los nombres solemnes de los pintores más conocidos, cuyos cuadros ofrece a la admiración del público. Aparecen los dibujos de Casas, los jardines de Rusiñol, los apuntes de Nonell, los paisajes de Maifrén, los grandes nombres de los inmediatos desaparecidos, con la más sosegada naturalidad. Los precios son irrisoriamente baratos. El subastador apunta las grandes firmas con una cierta recatada modestia y la palabra "atribuido" aparece muy a menudo. El subastador no se suele hacer responsable y hace bien. El público oye estos grandes nombres con una total familiaridad y puja los cuadros tranquilamente, sin encono, sin la menor pasión coleccionista. Muchos de estos cuadros se quedan en unos centenares de pesetas en medio de una atmósfera pacífica. Todo el mundo está en el secreto o parece estarlo. Los grandes nombres desfilan con la mayor tranquilidad y sin ninguna inquietud. Todo parece estar sobreentendido.

Nos parece que estas subastas no llegan a hacer mal a nadie. Los venerables muertos deben ver la prodigiosa multiplicación de sus cuadros con una mirada bondadosa desde el Limbo donde descansan los artistas. La palabra "falsificación", que suena tan violentamente, apenas si nos atrevemos a usarla ante estos cuadros que parecen pintados sin la menos intención maliciosa o engañosa. Ni el vendedor pretende cobrarlos como auténticos, ni el comprador puede exigir que lo sean. En cuanto al pintor, al anónimo pintor que laboriosamente ha pergeñado el cuadro, bastante pena tiene con tenerlo que hacer, abdicando a su mejor o peor personalidad. Todo se desarrolla

dentro de los límites de una cierta buena fe, incluso dentro de esta pequeña picaresca de pintar cuadros de pintores desaparecidos y célebres.

Estas subastas nos indican, sin embargo, que el arte moderno no ha llegado todavía a las masas, ni siquiera a la gente que tiene un interés popular por la pintura como son quienes acuden a estas subastas. Sea porque los pintores modernos todavía viven o sea por este desinterés, la pintura que se ofrece por estas subastas es normal y casi eterna en cuanto a los temas. Pacíficos paisajes, relamidos bodegones, fatigadas flores, dibujos y apuntes costumbristas, se ofrecen iguales a sí mismos y van siendo subastado en sucesivas oleadas. En conjunto, todo el mundo parece levemente cansado y más que nadie los nombres ilustres que, trazados en la tela, parecen ser los más agostados y son sin embargo, lo más cercano a la verdad que hay dentro del marco. Porque las faltas de ortografía y los nombres equivocados aparecen raramente sobre la fresca pintura.

Estas subastas se celebran a la hora del crepúsculo y tienen una indudable melancolía. El espectador ajeno al interés de la compra, piensa que los nombres ilustres que aparecen en ella—algunos cuadros son de modestos pintores actuales, y por lo tanto auténticos—han adquirido una especie de gloria popular envidiable a cambio de su falsificación. Están en el espíritu del pueblo puesto que sirven para bautizar tantas obras y para darles, con este bautizo, como una garantía de pintura, como una especie de afirmación artística. No creo que nadie pueda ofenderse por esta convención de poner sus nombres a obras más o menos torpes, a veces patéticamente desmañadas. Es una prueba de que su gloria, alejada del mundo pedante de la crítica y de las afinaciones de la erudición, es sólida como el granito. ¡Felices Santiago Rusiñol, de tan divertida tristeza y a quien tanto le agradaría asomar sus luminosas barbas y sus ojos chispeantes en esta subasta, Ramón Casas, que respiraba tan hondo, tan amigo de la vida y del pueblo, Isidro Nonell, tan auténtico, tan absolutamente pintor o el buen Eliseo Meifrén o el poderoso delirante del color que fué Joaquín Mir! Sus nombres están en el espíritu de todos y la salmodia del subastador de su elogio que parece no responder más que a algo mecánico, es el

NIADA DEL OTRO JUEVES

Tres anècdotes amb una mica de categoria.

Es tractava de l'examen d'ingrés a una institució femenina. L'examen pretenia acreditar una cultura equivalent als quatre anys del batxillerat elemental. Una part de la prova consistia en donar raó d'uns quants noms que han passat a la Història.

Primera anècdota: —Qui fou Robert Koch? —Un "inventor" de microbis.

Segona anècdota: —Qui fou Ciceró? —Un cèlebre espia de l'última guerra.

Tercera anècdota: —Qui fou Carles Marx? —L'home més ric d'Espanya.

Aquestes tres respostes tenen gràcia. Però potser en tindrien més si apart de donar idea de la "cultura general" amb què surten moltes noies dels bons col·legis, no invitessin tan directament a reflexionar sobre tres temes del nostre problemàtic país.

Primera anècdota: La noia no coneix la diferència entre "inventar" y "descobrir". La noia no sap que un microbi es pot descobrir, però no es pot inventar. Al seu país descobrir i inventar són feines mal pagades. Són feines pròpies de països estranys. La cultura que a ella li han donat considera llunyana—i potser perillosa—la ciència. I és una llàstima, perquè — tal com deia l'altre dia Lluís Entralgo — aquesta ciència ha estat possible gràcies a la concepció cristiana del món occidental.

Segona anècdota: La noia va al cine molt sovint. La noia recorda una bona pel·lícula que es titulava "Operación Cicerone". El cine allunya massa a la joventut dels clàssics. Sí, ja sé que aquesta frase resulta "importantista"; vull dir, pedant. Però, vaja, convindria que, malgrat el cine, les nostres noies de 18 anys guardessin, al sortir del col·legi, un racó de la memòria per l'autèntic Ciceró.

Tercera anècdota: La noia tenia evidents confusions respecte al "capital". Anava, mentalment, d'un extrem a l'altre. I tots els masses fan mal. **GONÇAL LLOVERAS**

elogio más espiritual que puede hacerse a esta incierta hora de las nostalgias en la sala de las subastas. Todo el arte actual queda apartado y las sombras de estos pintores circulan familiarmente por la sala seguramente divirtiéndose de lo lindo. Están palpando la gloria, la gloria viva y coleante.

NESTOR LUJAN